

## CAPÍTULO V

### La cuestión del Concilio y conatos imperiales de reunión, en los años de 1539 á 1541.—Los Coloquios religiosos de Worms y Ratisbona, y misión del cardenal Contarini á Alemania.

#### 1.

El año de 1539 acarreó á la Iglesia de Alemania otras graves pérdidas. Durando todavía las negociaciones de Frankfort para establecer la paz, ocurrieron dos defunciones que proporcionaron á los protestantes ocasión de dar un nuevo y victorioso avance. A 26 de Febrero de 1539 murió el duque Federico, hijo único del duque Jorge de Sajonia, y á 17 de Abril falleció el mismo Duque, el cual había sido hasta entonces la más firme columna de la Iglesia en el Norte de Alemania. Sucedióle su único hermano, harto semejante á él; el cual, aunque todavía en el año de 1533 había prometido por lo más sagrado, al nuncio Vergerio, no apartarse jamás de la Iglesia católica (1), se había adherido desde entonces á las nuevas doctrinas. Ahora comenzó inmediatamente, bajo la protección y con el auxilio del Príncipe elector de Sajonia y de los demás confederados de Schmalkalda, á oprimir á los católicos en el ducado de Sajonia, introduciendo por la fuerza la doctrina luterana (2).

(1) Nuntiaturberichte, I, 92.

(2) V. Janssen-Pastor, III<sup>ra</sup>, 433 s.

Casi al mismo tiempo se perdió también para la Iglesia el Principado electoral de Brandeburgo. El Príncipe elector Joaquín II, que gobernaba allí desde 1535, había prometido á su padre, en virtud de juramento, permanecer fiel á la fe católica y mantener con firmeza, dentro del Principado electoral, el antiguo estado de la Iglesia. Otra semejante promesa jurada había hecho también en Septiembre de 1535, al contraer matrimonio con la princesa polaca Heduvigis, hija del rey Segismundo; á pesar de lo cual, el Hohenzoller, poderosamente influido por Jorge de Anhalt, se pasó al lado de los novadores, después de acordarse la Dilación de Frankfort. A 1.º de Noviembre de 1539, recibió la comunión bajo las dos especies, de manos del obispo de Brandeburgo Matías von Jagow, que hacía mucho tiempo venía favoreciendo la doctrina luterana (1). El año siguiente publicó Joaquín II, por su propia autoridad, un nuevo ordenamiento eclesiástico, el cual conservaba, sin embargo, los obispados del país y muchas ceremonias católicas; de suerte que la masa del pueblo no llegó á percatarse de lo que propiamente había sucedido. El mismo Joaquín negó haber introducido en sus tierras la doctrina herética por medio de su nuevo ordenamiento eclesiástico; antes pretendía permanecer en el terreno de la antigua Iglesia, suprimiendo abusos arraigados y estableciendo una buena policía en las cosas de la religión. A pesar de esto, no cabe dudar que el Príncipe elector se arrogó, por su ordenamiento eclesiástico, la autoridad de supremo obispo de sus Estados (2).

A vista de todas estas cosas, permanecieron mano sobre mano el Supremo Jefe del Imperio y los príncipes católicos. Mientras los protestantes mostraban en todas partes ánimo y fuerza para tomar la ofensiva, los católicos habían perdido en muchas, aun la aptitud para defenderse; y en que pudieran llegarse á producir tales circunstancias, tuvo gran parte de culpa, junto con la ausencia del Emperador y el desconocimiento de la fuerza de los adversarios por parte de los católicos (3), sobre todo el episco-

(1) Cf. Heidemann, Die Reformation in der Mark Brandenburg, Berlín, 1889; Janssen-Pastor, III<sup>ra</sup>, 438 s.; Steinmüller, Die Reformation in der Kurmark Brandenburg, Halle, 1903, 63 ss.; N. Müller en el Jahrb. f. brandenb. Kirchengesch., IV, 168 s.

(2) Cf. Brandenburg, Moritz von Sachsen, I, 99; Bezold, Reformation, 690; Meine, Die vermittelnde Stellung Joachims, II, Lüneburg, 1898, 28 s.

(3) Nuntiaturberichte, III, 63 s.

pado alemán. Es muy característico, en este respecto, que sólo el arzobispo de Salzburgo y el cardenal Alberto de Brandenburgo, como arzobispo de Magdeburgo y administrador de Halle, entraran en la alianza defensiva católica de la Liga de Nuremberg, convenida finalmente á 10 de Junio de 1538. Todos los demás obispos alemanes se arredraron por temor á sus vecinos protestantes. La pusilanimidad y el aseglaramiento de los más de los príncipes de la Iglesia alemana, unidos á la «licencia luterana», habían producido, aun en los territorios que exteriormente seguían siendo católicos, una disolución que hacía temer para lo porvenir los más funestos resultados. Testigos nada sospechosos de esto son ante todo los nuncios pontificios. Si ya Vergerio había tenido que dar muy desfavorables noticias sobre el estado de las cosas eclesiásticas en Alemania (1), todavía fueron más desconsoladoras las relaciones de sus sucesores. Las observaciones que hizo Morone, cuando se dirigía á Viena en Noviembre de 1536, en el Tirol, Baviera y el Austria, hubieron de llenar de horror á aquel varón celoso de la salud de las almas. En los mencionados países, gobernados por buenos príncipes católicos, halló una gran muchedumbre de parroquias, así en las ciudades como en las aldeas, desprovistas de párrocos; los monasterios casi enteramente desiertos, y el pueblo desamparado y confuso en materia de religión. No era, pues, de maravillar que en tales circunstancias, aun allí hiciera grandes progresos la apostasía de la Iglesia (2). En Mayo de 1537, escribía Morone á Aleander, desde Praga, que los asuntos de la Religión y de la Santa Sede estaban en Alemania en una decadencia tal, que desesperaba de poder obtener cosa alguna; y sobre todo había falta de buenos obispos (3). En Breslau halló Morone, en Junio de 1538, tan crecido el poder de los luteranos, que los que todavía seguían siendo fieles á la Iglesia, negaban sus creencias de puro miedo (4). Podían preverse con entera seguridad nuevas pérdidas, pues Morone creyó observar que ya muchos príncipes eclesiásticos del Imperio andaban vacilando por efecto de las seducciones de los luteranos. A vista de este peligro no podía tampoco esperarse

(1) V. arriba p. 59 s.

(2) V. Nuntiaturberichte, II, 80, 83, 114.

(3) Ibid., 169.

(4) Ibid., 189 s.

cosa alguna en favor de la Iglesia del rey Don Fernando, pues su influjo en el Imperio era por extremo pequeño, y además, faltábase asimismo la energía. A esto se agregaba la dependencia de sus consejeros, muchos de los cuales eran de ideas luteranas (1).

El progreso de la apostasía de la Iglesia, aun en los territorios católicos, se ofreció asimismo á los ojos del cardenal legado Aleander, cuando en otoño de 1538 se dirigió al Austria. Ya en Bozen entendió de un franciscano, que la ciudad estaba gravemente contagiada de herejía, y en la iglesia principal se había llegado á permitir que predicara un luterano. Lo propio que en la diócesis de Trento, encontró también Aleander en la de Brixen una gran parte de las parroquias sin sacerdotes. En Innsbruck faltó el clero en el recibimiento del Legado, y el Consejo disculpó esto alegando que, en aquella ciudad, que era la principal residencia de Don Fernando (como acentúa Aleander), no había apenas una docena de eclesiásticos. En la abadía de Wilten no había, fuera del abad, sino un solo religioso. No menos desagradables impresiones recibió Aleander en el resto de su viaje. A 9 de Septiembre de 1538 anunciaba al Papa desde Linz, que las circunstancias religiosas de Alemania estaban próximas á una casi completa ruina; habíase suspendido en gran parte el culto divino y la administración de sacramentos; los príncipes seculares, á excepción de Fernando I, ó eran enteramente adictos á la doctrina luterana, ó estaban llenos de odio á los sacerdotes y de codicia de los bienes de la Iglesia; los prelados continuaban viviendo relajadamente y avergonzando á la Iglesia; no se hallaba casi ningún religioso, los sacerdotes seculares sólo en muy corto número, y éstos tan inmorales é ignorantes, que los pocos católicos abominaban de ellos. Mas de 1,500 parroquias estaban desamparadas; con lágrimas en los ojos había de decir, que el estado de las cosas religiosas se parecía allí á un inmenso caos (2).

Que Aleander no viera las cosas demasíadamente negras, se colige de las relaciones de Fabio Mignanelli, que le fué dado por compañero, y luego substituyó como nuncio á Morone. Desde Trento hasta Linz, en un espacio de casi trescientas millas ita-

(1) Ibid., 123, 182 s.

(2) Ibid., III, 148-149, 161, 181, 193, 208.

lianas, escribe Mignanelli, habían hallado innumerables parroquias y monasterios casi completamente abandonados por el clero regular y secular, en el pueblo había desaparecido toda devoción; nadie iba ya á la iglesia, ni daba limosna. Respecto á la falta de sacerdotes, confirmaba enteramente Fernando I las observaciones del Nuncio; pues él mismo (decía el Rey de romanos) tenía gran dificultad para encontrar capellanes á propósito para su capilla privada. La propaganda protestante sacaba provecho de este mal estado de las cosas; por todas partes, hasta la misma proximidad del Rey de romanos, penetraba la apostasía; por efecto de lo cual, llegó á apoderarse del cardenal Cles, de Trento, la creciente solicitud acerca de si podrían resistir todavía mucho tiempo los sentimientos católicos de Don Fernando á las sugerencias luteranas de las personas que le rodeaban (1).

Y aun cuando semejante temor era infundado en lo que se refería á la persona del Rey, parecía dudoso, sin embargo, si el hermano de Carlos V se hallaría, á la larga, en estado de mantener en los territorios austriacos el predominio exterior de la fe católica que hasta entonces se había conservado; y esto con tanto mayor razón, cuanto el luteranismo hacía también en Bohemia y Hungría progresos considerables (2). Si fuera de esto se toman en cuenta los éxitos que obtenía el Protestantismo en el Norte del Imperio, preciso es confesar que, al fin del cuarto decenio de aquel siglo, debía temerse, según la humana previsión, que Alemania se apartaría completamente de la Santa Sede, si las circunstancias seguían desenvolviéndose en la forma que habían tenido hasta entonces (3).

Bajo la impresión de todos aquellos acaecimientos, que tan gravemente perjudicaban á la Iglesia, fué el Papa quien volvió á tratar de la reunión del Concilio (4), en cuyas resoluciones eran

(1) Ibid., III, 191, 362.

(2) Ibid., III, 452; IV, 132, 245.

(3) Cf. el Juicio de Morone en su carta á Farnese, fechada en Viena el 24 de Octubre de 1539, publicada por Dittrich, Morone, 38 s. Morone hasta teme que el peligro de los turcos y la propagación del protestantismo obligará al fin también al rey Fernando á la apostasía. Cf. también en las Nuntiaturberichte, V, 12, nota 2, el pasaje de la relación de Rorario, de 28 de Octubre de 1539. V. además la relación de Morone, de 4 de Enero de 1540 (Dittrich, 78 s.) y la descripción de la situación hecha por Eck en Marzo de 1540 y publicada por Raynald, 1540, n. 6 s.

(4) Korte, Konzilspolitik, 42.

tantos los que ponían todavía su confianza, así en las regiones católicas como en las protestantes de Alemania, que podía decirse que los llamados *expectantes*, constituían un especial partido (1).

Sin embargo, continuaba oponiéndose á la reunión de una asamblea universal de la Iglesia, como principal obstáculo, la falta de una definitiva paz entre el Emperador y el rey de Francia. Cabalmente entonces, á fines de otoño de 1539, pareció ofrecerse una muy buena ocasión para llevar á término la reconciliación de ambos monarcas; pues se dijo que Carlos V proyectaba con la mayor seriedad una completa avenencia é íntima unión de familia con su antiguo rival Francisco I. Como el Emperador hubiera de dirigirse apresuradamente desde España á los Países Bajos, á causa de la sublevación de Gante y de sus pretensiones sobre Güeldres, propúsole el monarca francés que, para acelerar su viaje, tomara el camino de Francia; y como Carlos V, con asombro de todos, admitiera aquella propuesta, sus adversarios de Alemania se pusieron inmediatamente en movimiento.

Es característico que, aun algunos príncipes eclesiásticos, como el arzobispo de Tréveris, Juan von Metzenhausen, por temor del acrecentamiento del poder imperial, procuraran entonces una inteligencia con los protestantes. El antiguo enemigo de los Habsburgo, el Canciller de Baviera Leonardo von Eck, hizo saber al Landgrave Felipe de Hesse, cuidadoso por los armamentos bélicos de Baviera: que los tales no se dirigían contra los protestantes sino contra Carlos V, cuya alianza con el monarca francés creaba un peligro para la «libertad alemana» (2). Generalmente se decía, que las paces entre Francisco I y Carlos V estaban ya ajustadas, y solamente se trataba ya de su publicación (3).

En tales circunstancias no quiso el Papa omitir por su parte cosa alguna para acelerar la completa reconciliación de ambos monarcas, de la cual dependía el buen éxito del Concilio. Tan

(1) Cf. Pastor, Reunionsbestrebungen, 115 ss.

(2) V. Winkelmann, Korrespondenz Strassburgs, II, 643; Lenz, I, 401 s., 431 s.; Ranke, IV<sup>1</sup>, 183.

(3) Cuán firmemente se creía en Roma en la conclusión de la paz, se saca de la \*relación de F. Peregrino, fechada en Roma á 15 de Noviembre de 1539. Archivo Gonzaga de Mantua.

luego como se hubo enterado por Don Luis de Avila y el señor de Gye, de que el Emperador abrigaba el designio de dirigirse á los Países Bajos por Francia, y de las probabilidades de la paz (1), resolvióse Paulo III á enviar á su propio nieto el cardenal Alejandro Farnese, como legado á Carlos V y Francisco I. En un consistorio secreto de 24 de Noviembre de 1539, la mayoría de los cardenales aprobó dicho plan (2). A 26 del mismo mes recibió Farnese la cruz de Legado, y dos días después salió, con grande acompañamiento, de la Ciudad Eterna. Para substituirle en la dirección de los pendientes negocios de Estado fué designado el cardenal camarlengo Sforza Santafora (3).

En las instrucciones que se dieron á Farnese antes de su partida, declaraba el Papa su gozo, porque la semilla que en otro tiempo había esparcido en Niza, había producido el deseado fruto de paz, la cual consideraba como ya asegurada. En este presupuesto debía Farnese determinar á ambos monarcas á enviar sus preladados al Concilio. Como sitio para la reunión de éste, se volvió á proponer en primer lugar á Vicencia, cuya situación era favorable para todas las naciones, y en segundo lugar, por respeto á Francia, se proponía Milán. Si llegaba á celebrarse el Concilio, y se obtenía en él la reducción de los herejes, podría pensarse también en una empresa contra Enrique VIII y contra los turcos (4).

Al cardenal legado Farnese acompañó también esta vez, como secretario particular, lo propio que en su misión á España, el docto Marcelo Cervino, y para que este egregio varón, á quien

(1) Según una \*carta de F. Peregrino, fechada en Roma á 22 de Noviembre de 1539, Avila llegó á Roma el 20 y Gye el 21 (*Archivo Gonzaga de Mantua*); cf. Gayangos, VI, 1, n. 88, 89, 93, 97; Nuntiaturberichte, V, 1621 (aquí en la línea 14 en vez de 4 di debería leerse 2 di).

(2) V. Gayangos, VI, 1, n. 93; las \*relaciones de N. Sernini y Vincenzo Gatico, fechadas en Roma á 24 de Noviembre de 1539 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y los pasajes de documentos auténticos, que se hallan en las Nuntiaturberichte, V, 39 s.

(3) V. Nuntiaturberichte V, 40. En esta importante publicación, cuyas pruebas, á excepción de la introducción aún no terminada, he podido utilizar gracias á la bondad del editor, ha reunido éste, é ilustrado con grandísima diligencia, todos los documentos de la legación de Farnese.

(4) Las instrucciones para Farnese, de 28 de Noviembre de 1539, se hallan en las Nuntiaturberichte, V, 40 s.; *ibid.*, 43 s., se hallan las advertencias puntualizadas que se habían de guardar en la visita á la corte francesa. Cf. Pieper, Nuntiaturen, 163.

el Papa había ya nombrado algunos meses antes obispo de Nicastro, pudiera tener entrada cerca de los monarcas, en las importantes negociaciones, juntamente con el Legado, le fué otorgada la púrpura cardenalicia á 19 de Diciembre de 1539. Todavía envió el Papa al joven cardenal nepote la exhortación de que, en los Países Bajos, donde había muchos luteranos, nunca se quitara el traje eclesiástico, y tuviera cuidado que lo hiciera también así su comitiva. También se avisaba á Farnese que hiciera de sus facultades un uso moderado (1).

El cardenal, con el fin de no encontrarse con el Emperador en territorio francés, viajaba con calculada lentitud; lo cual le había mandado Paulo III expresamente, por cuanto era de prever que Francisco I no querría hablar de negocios mientras tuviera por huésped á Carlos V; y de éste podía temerse con seguridad, que las negociaciones le serían desagradables antes que volviera á hallarse en territorio de su señorío. Sin embargo, el cardenal se vió necesitado á modificar esta resolución; pues el Emperador, colmado por Francisco I de todos los imaginables honores, no adelantaba sino muy lentamente. A Farnese, que se hallaba ya en las cercanías de la capital de Francia, no le fué posible retardar más su camino, sin excitar una molesta admiración; por lo cual se resolvió á visitar á ambos monarcas mientras estaban todavía reunidos, limitándose, no obstante, á ofrecerles las felicitaciones del Papa para confirmarles en su amistad, y aguardó para todas las demás negociaciones que el Emperador se hubiera marchado. Entonces confiaba también saber de Francisco I más pormenores sobre sus convenios con Carlos V, y por este medio llegar con más facilidad á una inteligencia con este último en los Países Bajos (2).

El cardenal Farnese, invitado por el mismo Francisco I, celebró su entrada solemne en París á 31 de Diciembre de 1539, acompañado de cinco cardenales franceses. Al día siguiente llegaron á la capital Francisco I y Carlos V. El Emperador saludó al cardenal en la catedral de Nôtre-Dame, con tan buena gracia, que puso admiración en todos los presentes. Ambos se dirigieron luego á caballo, con el Delfín, á la nuevamente construída residencia del Louvre, donde Francisco I saludó al Legado, y por la tarde se

(1) V. Raynald, 1539, n. 37 s.; Nuntiaturberichte, V, 54.

(2) Cf. Pallavicini, I, 4, c. 10 y Nuntiaturberichte, V, 56 s.

celebró un convite. A 3 de Enero de 1540, fué recibido Farnese en audiencia por el monarca francés, á quien declaró la ocasión y el objeto principal de su venida; y al día siguiente hizo semejantes declaraciones al Emperador, y de la respuesta de éste coligió el cardenal, que Don Carlos quería diferir todas las negociaciones hasta que su hermano Fernando I llegara á los Países Bajos (1).

Francisco I acompañó hasta San Quintín á su imperial huésped, el cual había permanecido en París hasta el 7 de Enero de 1540; y allí se despidieron uno de otro el 20 de dicho mes. Mientras el Emperador se encaminaba á Valenciennes, dirigióse el monarca francés á Amiens á donde corrió Farnese, lleno de impaciencia por exponer finalmente á Francisco I el resto de su comisión. A 9 de Febrero fué recibido en audiencia, á la cual asistió, además del cardenal Cervini, el nuncio francés Ferreri. Reanudando las explicaciones que había comenzado á dar en París, declaró Farnese, que aun cuando el propio objeto de su misión tenía por presupuesto la publicación de la paz, creía, sin embargo, atendiendo á la íntima unión de ambas Majestades, poder presu-poner como cierto tan fausto acaecimiento. Al propio tiempo que exhortó Farnese á que se procurara convertir pronto en un hecho aquel anhelado fin, requirió á Su Majestad para que diera el auxilio tan necesario para repeler á los turcos, y reducir á los protestantes y á Enrique VIII á la obediencia de la Iglesia. Y tratando de esto demostró que, en atención á la urgente necesidad de reformar las cosas eclesiásticas, no era posible diferir la celebración del Concilio. La respuesta de Francisco I (el cual se sirvió del idioma francés), no fué nada satisfactoria: mientras la paz no quedara de antemano firmemente establecida, ni podía él comprometerse para una empresa común contra los turcos y los herejes, ni consentir el Concilio, pues no pensaba exponerse al peligro inminente de perder los amigos que hasta entonces había tenido. Por lo demás parecía muy dudoso que el Emperador diera su asentimiento para una expedición contra Inglaterra, pues, según generalmente se decía, quería comenzar la guerra sobre Güeldres (2).

(1) V. las relaciones de Farnese á Paulo III, de 4 de Enero de 1540, en las Nuntiaturberichte, V, 59 s.

(2) V. la relación de Farnese á Paulo III, de 9 de Febrero de 1540, en las Nuntiaturberichte, V, 79 s.

Farnese y Cervini trataron todavía después con Montmorency, el cual les excitó, lo propio que el Rey en la audiencia de despedida, á favorecer con el Emperador la obra de la paz. Cervini indicó en aquella ocasión el casamiento de Victoria Farnese, hermana de Octavio, con un príncipe francés, enlace que el Papa deseaba ahora, lo mismo que el año anterior, con el fin de manifestar con esto, que se mantenía enteramente en la línea neutral (1). A 15 de Febrero de 1540 salieron ambos cardenales de Amiens, continuando lentamente su viaje; pues no querían encontrarse con el Emperador hasta después que éste hubiera dominado la sublevación de Gante. También se acomodaba esto á los deseos de Carlos V, el cual había entrado á 14 de Febrero con sus tropas dispuestas al combate, en Gante, donde en breve tiempo restableció el orden. A 23 de Febrero celebraron ambos cardenales su entrada en aquella ciudad, y se convino que luego á la mañana siguiente serían recibidos en audiencia por el Emperador. En ella expuso el cardenal nepote su comisión, dando cuenta al propio tiempo de la que había desempeñado con Francisco I. Carlos V agradeció sus declaraciones y prometió conducir enérgicamente, tan luego como llegara Fernando I, las negociaciones para la paz con Francia, de cuya conclusión dependía todo lo demás. Respecto á su empresa contra Inglaterra, manifestó dificultades, por cuanto era fácil comenzar una guerra, pero no se podía terminar con tanta celeridad. El Emperador dejó entrever, en esta parte, que por la misma razón preferiría también resolver las complicaciones de Alemania por caminos pacíficos (2). Cuatro días después llegó á Gante Morone, y como también Poggio se encontraba allí, se reunieron entonces en la corte imperial cuatro diplomáticos pontificios, los cuales hubieron de persuadirse muy pronto de que las probabilidades para la paz eran mucho menos favorables de lo que ellos habían imaginado (3).

Vino á iluminar como un relámpago la verdadera situación de las cosas, una expresión del Emperador emitida en una audiencia de Poggio el día 3 de Marzo. A la pregunta del Nuncio sobre las

(1) V. la \* relación de Farnese á Paulo III, fechada en Amiens á 10 de Febrero de 1540 (Bibl. Pia, 127, f. 115 s. *Archivo secreto pontificio*); cf. Nuntiaturberichte, V, 83, nota 1.

(2) V. las relaciones de Farnese á Paulo III, de 12, 13 y 24 de Febrero de 1540, en las Nuntiaturberichte, V, 85, 87 s., 89 s.

(3) V. *ibid.*, 99; cf. Winkelmann, III, 22.